



MOZART MOLAY BACH TODAVÍA MÁS

Duomo publica este delicioso libro, escrito por Matteo Rampin y Leonora Armellini, que nos lleva de la mano a través de la historia de la música y sus anécdotas más curiosas. Aunque sólo Mozart y Bach aparecen en el título, el libro habla también, entre otros, de Liszt, Berlioz, Schubert, Schumann, Wagner... O Paganini, cuyo capítulo reproducimos en estas páginas.

Una de las piezas más famosas para violín fue compuesta por Giuseppe Tartini (1692-1770) tras habersele aparecido el demonio (en sueños, por supuesto) con la intención de extraer de un violín una serie notable de pasajes que, al despertarse, el maestro puso sobre papel. Creó así *El trino del diablo*, un ilustre precedente en la historia de las relaciones entre demonio y violín, relaciones que alcanzaron su culminación con Niccolò Paganini, nacido en Génova en 1782. Poco antes de su nacimiento su madre soñó con un ángel, que le prometió satisfacer todos sus deseos. Y la buena mujer, pese a ser genovesa, no pidió una cuenta perpetua en el banco, sino que se limitó a pedir que su hijo se convirtiera en el violinista más importante de todos los tiempos.

A los seis años Niccolò enfermó de sarampión y murió. Mejor dicho, no, porque durante la misa fúnebre alguien se dio cuenta de que debajo del sudario se movía algo, y el pequeño se libró de una suerte digna de un relato de Edgar Allan Poe.

Como Mozart y Beethoven, Niccolò también tenía un padre exigente en cuestión de educación musical, que llegó a encerrarlo con llave durante doce horas consecutivas para que estudiara. Y puesto que en la habitación no había televisión ni ordenador, y ni siquiera un miserable teléfono móvil, sino sólo un violín y un arco, el muchachito no podía hacer otra cosa que ejercitarse. Pronto se convirtió en un experto. Durante una misa en que tocaba junto a otros instrumentistas, de repente, en lugar de las melodías previstas los fieles escucharon el rebuznar de un asno, el cacarear de una gallina, el maullido de un gato, el ladrar de un perro. Todo ello provenía del violín del adolescente, que con aire burlón extraía de su instrumento una serie de imitaciones perfectas de los gritos de los animales.

Independizado de su padre, recuperó muy pronto el tiempo perdido durante la adolescencia, lanzándose con ímpetu a una serie interminable de aventuras galantes. Era feo, pálido y demacrado, tenía un físico espectral que voluntariamente potenciaba vistiéndose de negro y llevando los cabellos largos hasta los hombros. A pesar de ello era admirado por las mujeres más hermosas de la época, que lo adoraban.

Le gustaba rodearse de una fauna de parásitos, holgazanes y jugadores de azar. También él malgastaba enormes sumas en el juego y fundó un casino donde los clientes podían jugar y escuchar música, pero fracasó.

Se dedicó a realizar giras pasados los cuarenta años, ya que antes consideraba que entretenerse era más importante que viajar para mantener la fama que lo precedía en todas partes.

Las crónicas de la época nos relatan sus conciertos. Entraba en escena vestido totalmente de negro; el rostro cadavérico, los ojos protegidos por un par de gafas de lentes azules y largos cabellos despeinados; la postura encorvada, los brazos larguísimo; comenzaba a tocar con movimientos de marioneta. Ejecutaba pasajes tan difíciles que se consideraron impracticables hasta hace pocas décadas, a velocidades increíbles e «imposibles», siempre con una entonación perfecta. Lo bueno es que ¡tocaba un violín desafinado! Conseguía interpretar una melodía con dos dedos de su mano izquierda, mientras que con los otros tres punteaba un acompañamiento. A veces parecía que fueran tres personas las que tocaran. A menudo, durante un concierto se rompía una cuerda del violín y volaba como un látigo, hiriéndolo en el rostro. Impertérrito y sangrando, seguía

tocando con las otras tres. Pero he aquí que otra cuerda saltaba y entonces continuaba con las dos restantes. Finalmente, también saltaba una tercera cuerda, y el virtuoso terminaba el concierto con la única cuerda que quedaba. Sus improvisaciones eran memorables. Si los conciertos recibían críticas negativas, cuadruplicaba el precio de las entradas y la gente acudía igualmente hasta llenar el teatro.

Algunos médicos pudieron observar sus manos e hicieron descripciones impresionantes de ellas. Parece que las falanges distales de sus dedos podían desplazarse lateralmente, que conseguía tocar con los dedos de la izquierda el asimismo antebrazo izquierdo, que podía doblar el pulgar hacia atrás hasta tocar el meñique, que los movimientos de la mano parecían los de una extremidad desprovista de huesos o de un pañuelo colgado en el extremo de un bastón, que la mano izquierda fuera incluso más larga que la derecha. Lo más probable es que los efectos prodigiosos que extraía de su instrumento se debieran a un ejercicio continuo, que al parecer llegaba a siete horas al día. (¿Queríais, respecto de las doce impuestas por su papaito?)

Consciente de que su fama aumentaba con el aura de misterio que rodeaba a su personaje, cultivaba sus aspectos más tenebrosos. Evitaba exhibirse en presencia de colegas que pudieran aprender sus técnicas secretas y por el mismo motivo se negaba a conceder bises (ésta es la razón del famoso «Paganini no repite» que, pronunciado ante el rey Carlos Félix, le costó la revocación del contrato y la suspensión de las repeticiones del espectáculo). Desaparecía de repente del escenario durante largos períodos; puso en circulación (o por lo menos no desmintió) el rumor según el cual había codificado un método prodigioso para aprender a tocar como él en una sola noche. Los rumores siniestros y sulfúreos no contribuyeron a calmar sus relaciones con la Iglesia, que ya eran tensas debido a sus comportamientos disolutos y licenciosos.

En un determinado momento comenzó a sufrir numerosos achaques, que alimentaba con una buena dosis de hipochondría. Obsesionado sobre todo con el funcionamiento de su intestino, tomaba dos veces al día cinco cucharaditas de un purgante, en su formulación más fuerte, el «grado cuarto». El medicamento, el elixir de Mr. Le Roy, se publicitaba del siguiente modo: «La sangría es una práctica abominable. El uso de las sanguijuelas es la más peligrosa de todas las invenciones humanas. El mercurio es uno de los peores enemigos de la raza humana. La quinina es la causa de un número infinito de trastornos, la mayoría sin remedio. La dieta es contra natura. Sólo existe una medicina eficaz, la purga. La purga vacía, elimina, purifica, disminuye, expulsa, limpia, lava y elimina el material que irrita y daña la salud».

Guarneri *Il Cannone*, el violín favorito de Paganini.

Foto: Saiko



Visión diabólica de Paganini, por Hetty Krist.

Sus dientes se tambaleaban y cuando tenía que comer los ataba con un cordel. Llegó un momento en que le extrajeron todas las piezas inferiores. Muchas de las molestias que lo afligieron se las provocaron las terapias médicas. Algunas eran inofensivas (montar a caballo, remedio prescrito para aliviar el estreñimiento) y otras desagradables (aplicaciones de sanguijuelas). Ciertamente devastadoras fueron las medicinas a base de mercurio, utilizado entonces contra la sífilis, una enfermedad venérea conocida en Italia y España como «morbo gálico» y en Francia, la patria de los celtas de Astérix, como «morbo italiano» o «mal napolitano» (es por eso por lo que en Rusia a la ensalada rusa la llaman ensalada italiana).

Al final de su vida Paganini perdió la voz y, como Beethoven si bien por otros motivos, se vio obligado a comunicarse por escrito.

Cuando murió, en 1840, la Iglesia prohibió que lo sepultaran en tierra consagrada. Su cuerpo fue embalsamado, colocado en un ataúd cubierto con una lámina de cristal, y llevado a distintos lugares para exhibirlo bajo pago. Tras meses de tan macabra gira, el féretro llegó a un mercado de pescado, donde los curiosos desfilaban para verlo mientras paseaban entre lubinas y vieiras. Los pescadores locales comenzaron a contar cosas sobre extraños sonidos y figuras demoníacas que de noche revoloteaban en torno al ataúd, por ello fue sepultado a toda prisa en tierra desacralizada.

Sólo después de pasados treinta años encontró reposo en un auténtico cementerio, en Parma.

Paganini fue el primer artista que suscitó la atención del gran público de un modo que hoy podríamos definir como «industrial-espectacular». Daba mucha importancia a la publicidad en sus diversas formas y cuidaba su imagen (resaltando los aspectos más oscuros, revelándose también, en este sentido, un precursor). Esto no debe eclipsar sus dotes de compositor, en modo alguno insignificantes. Muchas de sus obras (no sólo para violín: fue asimismo un virtuoso de la guitarra y compuso obras para dicho instrumento) son técnicamente inalcanzables además de ser estéticamente muy valiosas, y no dejan de emocionar incluso al público más experto. Muchos lectores habrán escuchado alguna vez el motivo de la *Campanella*, que es el tema de un rondó. El rondó consiste en un tema que vuelve a presentarse siempre igual o con mínimas variaciones, pero entre una presentación y la otra se alternan episodios siempre distintos.

Desde el punto de vista de la historia de la música clásica, hemos querido introducir aquí a Paganini porque con su actitud, con sus estrategias de marketing, y con la importancia que dio al «personaje», estableció definitivamente lo que ya Beethoven había intentado decir antes a todo el mundo; a saber: que el artista —cuando lo es— merece ser colocado, al igual que el científico, el inventor, el profeta y el político, en un lugar «sobreelevado»: no tanto para recibir el aplauso de la multitud devota sino porque, estudiando y trabajando con la propia inteligencia, es capaz de indicar los nuevos senderos del pensamiento y la cultura, aquellos que la humanidad debe tomar para proseguir su camino hacia metas cada vez más arduas de humanización.

Los herederos de Niccolò decidieron regalar (¡regalar!) la obra completa de Paganini al Estado italiano.

¿Aceptó el Estado italiano? Evidentemente no. Con infalible miopía y característica arrogancia, prefirió crear obstáculos burocráticos, arrastrar las cosas, rebotarlas, enterrarlas, dispersarlas entre miles de despachos, suscitar conflictos de competencias, siguiendo la arraigada costumbre de desvalorizar y despreciar todo eso de lo que cualquier otra nación se sentiría orgullosa y se vanagloriaría. Por no referir su valor como recurso económico.

A propósito, en ninguna otra nación del mundo se encuentran tantas obras de arte como en Italia. ¿Y dónde se conservan muchas de ellas? ¿En los museos? Casi: en los sótanos de los museos, de las fundaciones, de los archivos, de las bibliotecas, de las villas y de los palacios gestionados por algún ente público.

Otro vicio italiano es el de hablar mal de Italia. Ya que no queremos caer en este mal hábito, especificamos que la historia del legado de Paganini no fue exactamente así. En realidad, cuando en 1908 se trató de comprar toda la colección de manuscritos inéditos del violinista, no es cierto que el Estado se desinteresara completamente del asunto: digamos que para aceptar hacerse cargo de la gestión se tomó su tiempo. Es verdad que en Alemania habrían sido más eficaces, pero para nosotros era imposible cerrar el trato en pocos meses. Se cerró en 1971; sesenta y tres años tampoco son tantos para nuestra burocracia. ■



Mozart mola y Bach todavía más
Duomo
240 págs. 16,50 €.